

Somos, entonces, como sujetos, parte de algo que nunca fuimos, parcialidad y carencia. Lo que nos falta es un fantasma que nunca se colmará de presencia, salvo que nuestra propia conformación subjetiva estalle y se produzca un fenómeno de éxtasis, fusión o comunión con el otro: visión mística, invención poética, orgasmo. Ésta es la raíz del amor humano, una raíz cultural, que determina la vida sexual como erotismo, como ansia de plenitud, de llenez, de eso que designa el eros clásico: la posibilidad de colmar los vacíos del mundo, el hiato que separa las cosas. Enamorarse es un acto de fe en el otro, que consiste en creer que el otro tiene lo que me falta y podrá rellenar mis carencias y llevarme a la perfección.

«Regreso al lugar del origen, donde vida y muerte se abrazan» es, en palabras de Paz, la demanda del amante y la promesa del amado. Un más allá de la vida y un más acá de la muerte, que el otro me da y en el cual desaparecería lo otro en la unidad, la alteridad en la mismidad. Sería, por fin, el imposible encuentro con nosotros mismos, la posibilidad de penetrar la intimidad del espejo.

Hay, entonces, un límite sutilísimo entre el amor y el erotismo: el erotismo se acepta pasivamente, es el amor que nos ocurre, la eventualidad que nos domina, la pasión que —según dicen las palabras— padecemos. En cambio, el amor es el reconocimiento de esta necesidad, la conciencia que la convierte en libertad. Amamos como si hubiéramos elegido amar, como si hubiéramos escogido al ser amado que se nos impone en el *coup de foudre*.

El amor como problema se vincula, pues, con una cultura del sujeto y el discurso. Occidente ha teorizado sobre el amor, porque Occidente es la cultura del discurso, de la explicación, del dar cuentas de lo dicho y es, en otro sentido, la cultura del sujeto y de la identidad, del ser que aparece cuando decimos «yo soy». Ser uno, ser otro, ser el mismo y no ser, plantean el amor como problemático. En otras tradiciones culturales la gente se ama, se odia, se enamora y cae en desamor, pero no discurre sobre el amor, que actúa en el mito, el drama, la narración y el poema. Unas recaídas que pasan por Platón, el amor cortés, el romanticismo y el surrealismo muestran la constancia preocupada de Occidente por el amor y, a la vez, su carácter de cosa del alma, pura cualidad irreductible. Misterio, si se prefiere, pero no misterio que hace callar, sino enigma que hace decir. Si en Oriente el amor es fatalidad y encaje en la ortodoxia, en Occidente es libertad y transgresión, heterodoxia, asocialidad o herejía. Al disolver la subjetividad, cuando el enamorado percibe que una parte de sí mismo está en el otro, en el ser amado, el amor desquicia los roles sociales, las identidades fijas y las jerarquías que las rodean. El señor se enamora de la esclava, la señora del palafrenero, cuando no el señor del esclavo y etcétera. Romeo y Julieta se aman por encima de sus rivalidades clánicas, la

amarilla Cho-Cho-San se enamora del blanco Pinkerton, el príncipe Jonatán se prenda del pastor David.

El amor enloquece a los amantes, es *amour fou*, tan bien descrito en los mitos barrocos de *Romeo y Julieta*, *El caballero de Olmedo* y *Orlando furioso*. Pero también vuelve sabio al ignorante y listo al tonto, como la lopesca dama boba que se torna despabilada y sutil, o como la proustiana Odette, que pasa de ser una furcia de lujo a una gran señora, gracias al equívoco amoroso del refinado Swann, que la confunde con la Zéfira de Boticelli.

Arrebato de perfección, el amor es, por ello, la parte maldita de nuestra civilización del sujeto y la identidad, suerte de enfermedad de la imaginación que multiplica las imágenes del ser amado hasta hacernos perder de vista al mundo. Los amantes, creyendo que conforman un universo pleno de sí mismo, se apartan del mundo y viven adorándose en un templo secreto. Creen haber llegado al goce absoluto y todo objeto mundanal se les aparece desvalido, inválido. El amor, al revés del erotismo (vocado por el placer) tiende al goce y al padecimiento: duelo, mal de amores, celos, toda la constelación de angustias que nacen de percibir la mitad del uno en el otro, mitad expuesta al peligro de la indefensión, la confiscación y la muerte.

En el orden existencial, Paz señala lo trágico del amor, sentimiento que nos lleva a amar a una íntegra persona, en cuerpo y alma, a reconocerla libre, pero que nos enfrenta, al mismo tiempo, con la opaca e irreductible realidad del otro, que nunca es el mismo, carece de límites precisos y posee un núcleo misterioso, al que no se accede desde fuera ni desde dentro. Sólo se anula este trágico encuentro en la mística del amor, cuando admitimos que el otro es una vía de acceso al cosmos y somos lo real, no tan sólo estamos en lo real. Sobreviene la confusión, la comunión, el uno y el otro desaparecen en favor del tercero en discordia, la concordia de los distintos. Pero entonces desaparece, al consumarse, porque el otro ya no es otro. Extremo de generosidad, reconocimiento de la libertad del otro que me reconoce libre, el amor nos sujeta al otro como destino: es el supremo señorío y la suprema servidumbre de que habla Quevedo. La conciencia del otro no puede ser objeto de nadie. Entre una conciencia y otra hay un estado de guerra que tiende a la aniquilación, como describe Hegel. El tratado de paz es el desengaño, la admisión de que el otro es alteridad pura y, por ello, extrañeza.

Insensato y trágico, el amor ha sido mirado siempre con desconfianza por los racionalismos. El intento de domesticarlo, o sea, de llevarlo al ámbito doméstico, de regularlo, de racionalizarlo, conduce al matrimonio, el dúo de los amantes que es reconocido por el coro de la sociedad y custodiado, desde fuera, conforme a unas normas por todos aceptadas. «Apuesta insensata por la libertad ajena», lo define Paz. La generosidad sartreana,

la caridad cristiana, que son amores encaminados a una instancia superior: la libertad, el amor a Dios a través del ser amado. El Sumo Bien que está por encima del ser amado, en el esquema platónico, y del cual el ser amado es la cifra sensible y hermosa.

Paz prefiere mantener el amor en su inmanencia secular, sin más allá, pero no deja de advertir que siempre el amor nos lleva a los confines de lo sagrado. Por ello se toca fácilmente con lo maldito, la cautela que rodea al mundo sacral, así como propende a refugiarse en lo secreto, que es otra nota de lo divino. En el amor cortés, la amada es una diosa bajo las especies de una mortal, y encierra una religiosidad herética, como quiere Rougemont. Llevarlo a la práctica desencadena la desdicha, el adulterio, la felonía y la locura de Tristán, embrujado por los filtros de la hechicera Isolda.

Como la religión, el amor es un intento de salirse de la historia y crear una burbuja de eternidad. Amar es querer bajo el modo de lo eterno, lo inmutable y lo intangible, porque el contacto historiza a los amantes. Aunque se produzca el encuentro, lo que protege la perennidad del amor es, en realidad, el desencuentro, lo inalcanzable del goce, que sólo se apacigua con la muerte.

Parte perdida e irrecuperable de nosotros mismos, el toque de la demanda del enamorado y la promesa del ser amado tiene como modelo la figura materna. Paz atribuye, en efecto, al amor como relación, las notas de exclusividad y fidelidad que corresponden a la exigencia amorosa de la madre: ser única. En el terreno de la hipóstasis: ser única como la vida, ser la unidad, la madre tierra, una y perfecta en su redondez planetaria, en la simbólica esfericidad de la plenitud.

En nuestra época (y éste es el costado problemático del libro), la indiferencia de una sociedad cuantificadora por la persona individual, única, irrepetible, la tolerancia represiva que torna imposible toda transgresión, y la descalificación del sexo, convertido en una mercancía que se anuncia por la publicidad, en nuestra época, el espacio del amor tiende a empequeñecerse y desaparecer.

En esta encrucijada, la pérdida del alma, de la cualidad pura, nos obliga a replantearnos la cuestión metafísica. Las últimas páginas de *La llama doble* despliegan el fenómeno de lo que podríamos denominar «secuestro de la metafísica» en manos de la cosmología especulativa. Los cosmólogos vuelven a plantearse el problema del origen del universo y de la realidad última de la materia, y vuelven a plantearlo en los términos que describieron los presocráticos. Son problemas metafísicos, o sea, que atañen a los objetos que no están en la experiencia, que se sitúan en el lado de afuera del confín, en el más allá. Problemas que insisten, preguntas que cada época responde de modo diferente pero que no se agotan. También podríamos

pensar en el otro secuestro de la metafísica, el psicoanálisis, con su teoría del impulso que es Eros y Thánatos a la vez, tendencia de la materia orgánica a permanecer viva y a volver a la quietud de lo inorgánico. A vivir y a morir.

La filosofía contemporánea podría fijar su andadura inicial en la propuesta nietzscheana de abolir la metafísica. Nietzsche tenía razón: los sistemas metafísicos, el desarrollo de los principios en un complejo de consecuencias que construyen un orbe cerrado del pensamiento, han caducado. Pero el mismo Nietzsche muestra que no ha caducado la preocupación metafísica del pensamiento, que consiste en tender al más allá. Ir más allá del bien y del mal, ir más allá del hombre del humanismo, hacia el superhombre, son postulaciones metafísicas (como ir más allá del principio del placer y más allá del instinto, en Freud). Sin metafísica, la filosofía se queda sin imaginación, sin poder pensar las ausencias, en la mera inmediatez. La ética es transacción social y el saber, epistemología de las ciencias particulares. Sin más allá, sin metafísica, el hombre se deshumaniza.

¿Es esta deshumanización, la definitiva? ¿Será el ser humano reemplazado por una variante de la cibernética, por una red de saberes informáticos que no tienen sujeto? La respuesta de Paz es la de un poeta: no. Estamos ante una de las incontables crisis de deshumanización que esconden (y se esconden en) la historia humana. Sólo el hombre puede deshumanizarse. Y sólo el hombre puede rehumanizarse. Un poeta sabe que el lenguaje, aparte de ser una puesta en escena del orden (en la gramática está Dios, dice Nietzsche), es un más allá constante de la palabra, una ocupación incesante de los espacios desiertos del mundo.

El mundo moderno ha trazado una dramática paradoja: el dominio de lo individual como privado se ensancha y se rescata del control de los poderes, pero la creatividad individual se empobrece. El límite, que antes fijaba el control de los Estados despóticos y las iglesias, se ha borrado. El individuo se queda sin más allá y no sabe quién es ni hacia (contra) dónde va. Le cabe la eterna tarea de resacralizar el instante como si fuera absoluto, de vivirlo en el modo mayor (de nuevo, la música) de la perennidad. Y esto, según parece, sólo es posible en un estado de doble fuego, de enamoramiento.

Blas Matamoro

**Octavio Paz, 1978
(Foto de Manuel
Álvarez Bravo)**



**Con Marie Jose Paz y
Joseph Brodsky, en 1974**

